

CHRIS WICKHAM

# EL LEGADO DE ROMA

Una historia de Europa de 400 a 1000

Presentación de  
EDUARDO MANZANO

Traducción de  
CECILIA BELZA y GONZALO GARCÍA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## ÍNDICE

<i>Presentación</i> .....	9
<i>Agradecimientos</i> .....	17

1. Introducción .....	37
-----------------------	----

### PARTE I

#### EL IMPERIO ROMANO Y SU DESMEMBRAMIENTO, 400-550

2. El peso del imperio .....	57
3. Cultura y creencias en el mundo cristiano romano .....	91
4. Crisis y continuidad, 400-550 .....	121

### PARTE II

#### EL OCCIDENTE POSROMANO, 550-750

5. La Galia merovingia y la Germania, 500-751 .....	161
6. Los reinos mediterráneos occidentales: Hispania e Italia, 550-750 .....	183
7. Reyes sin estados: Gran Bretaña e Irlanda, 400-800 .....	205
8. Actitudes posromanas: cultura, creencias y etiqueta política, 550-750 .....	229
9. Riqueza, intercambio y sociedad campesina .....	267
10. El poder de lo visual: la cultura material y su ostentación, de la Roma imperial a los carolingios .....	301

PARTE III  
LOS IMPERIOS DE ORIENTE, 550-1000

11. La supervivencia de Bizancio, 550-850. . . . .	327
12. La cristalización del poder político árabe, 630-750. . . . .	355
13. Renacer bizantino, 850-1000. . . . .	377
14. De la Bagdad abasí a la Córdoba omeya, 750-1000 . . . . .	399
15. El estado y la economía: redes de intercambio en el Mediterráneo oriental, 600-1000. . . . .	433

PARTE IV  
EL OCCIDENTE CAROLINGIO Y POSTCAROLINGIO,  
750-1000

16. El siglo carolingio, 751-887. . . . .	463
17. Los intelectuales y la política. . . . .	497
18. Los estados sucesores del siglo x. . . . .	523
19. La Inglaterra «carolingia», 800-1000 . . . . .	553
20. La Europa exterior. . . . .	575
21. La aristocracia, entre los mundos carolingio y «feudal» . . . .	617
22. El «enjaulamiento» del campesinado, 800-1000 . . . . .	641
23. Conclusión: Tendencias en la historia de Europa, 400-1000	667
<i>Notas y guías bibliográficas</i> . . . . .	681
<i>Índice onomástico</i> . . . . .	737
<i>Índice de mapas</i> . . . . .	761
<i>Lista de ilustraciones</i> . . . . .	763

## INTRODUCCIÓN

La Europa de la Alta Edad Media ha sido objeto de constantes errores de interpretación. Ha sido víctima, sobre todo, de dos grandes narrativas. Las dos han sido muy influyentes en la historia y la escritura histórica de los dos últimos siglos, y han sido asimismo responsables de proyectar una imagen falsa de este período: son la narrativa del nacionalismo y la de la modernidad. Antes de abordar un enfoque distinto, debemos analizarlas, de forma breve pero crítica, para descubrir sus errores respectivos; pues en su mayoría, los lectores de este libro que no hayan estudiado antes este período tendrán una u otra narrativa como imagen guía de su pensamiento.

La Alta Edad Media se considera el origen, ya sea verdadero o imaginario, de tantos estados nacionales europeos que ha adquirido una importancia mítica para historiadores de todas las generaciones, desde que el nacionalismo se convirtió en una poderosa imagen política a principios del siglo XIX (y a menudo, incluso antes). La gente escribe libros titulados *El nacimiento de Francia*, o más en general, *El desarrollo de Europa*, en la medida en que buscan los gérmenes de una futura identidad nacional o europea que, si uno busca con el suficiente empeño, cabe afirmar que existía para el año 1000 en Francia, Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Polonia, Rusia y una gran cantidad de naciones distintas. De este modo, la historia de la Alta Edad Media pasa a formar parte de una teleología: la lectura de la historia atendiendo a sus consecuencias (posiblemente, inevitables), hacia cualquier cosa que se suponga que indique «por qué somos los mejores» —«nosotros»: los ingleses, o los franceses, o los europeos (occidentales)— o, al menos, para comunidades menos pagadas de sí mismas, «por qué somos distintos». De esta manera, el conjunto de la historia altomedieval inglesa puede contemplarse desde la perspectiva de los orígenes del estado nación; el conjunto de la Alta Edad Media de los Países Bajos, desde la

perspectiva de los orígenes del dinamismo comercial de la futura Bélgica u Holanda. La carestía de pruebas para nuestro período ayuda a que estas lecturas nacionalistas sean comunes, aun hoy en día. Con todo, siguen siendo lecturas falsas; incluso en los casos empíricamente correctos —los ingleses tenían un verdadero estado unitario en 1000, tan cierto como que la producción y el intercambio comercial, en lo que con el tiempo sería Bélgica, tenían una actividad fuera de lo común—, nos inducen a error a la hora de comprender el pasado. Esto es historia mal hecha; en la historia no se encuentran este tipo de teleologías.

Europa no nació en la Alta Edad Media. Ninguna identidad común vinculaba a España con Rusia en el año 1000, ni a Irlanda con el imperio Bizantino (en lo que ahora son los Balcanes, Grecia y Turquía), más allá de un sentimiento de comunidad —muy débil— que enlazaba a los sistemas de gobierno cristianos. No existía una cultura común europea y, desde luego, no había ninguna economía que abarcara Europa en toda su extensión. No había ninguna señal en absoluto de que Europa se acabaría desarrollando a nivel económico y militar, en un futuro aún bastante lejano, hasta ser capaz de dominar el mundo. Cualquiera persona que, en 1000, buscara la futura industrialización habría apostado por la economía de Egipto, no por la de Renania o los Países Bajos; y la economía del Lancashire le habría parecido una broma. En términos político-militares, los extremos sureste y suroeste europeos —Bizancio y Al-Ándalus— ofrecían los estados dominantes del continente, mientras que en la Europa occidental, el experimento carolingio (véanse los capítulos 16 y 17) había terminado con el desmembramiento de Francia (la Francia moderna, Bélgica y la Alemania Occidental), el sistema de gobierno hegemónico durante los anteriores cuatrocientos años. El estado occidental más cohesionado en 1000, la Inglaterra meridional, era diminuto. En realidad, al final de nuestro período la mayor parte del continente estaba dominada por sistemas políticos débiles; y los sistemas políticos activos y agresivos de más adelante en la Edad Media apenas eran visibles.

Las identidades nacionales tampoco destacaban de forma general en 1000, incluso si rechazamos la asociación entre nacionalismo y modernidad que realizan buena parte de los estudios contemporáneos.<sup>1</sup> Hemos de reconocer que algunas identidades de este estilo sí existían. A este respecto, no es difícil defender que ocurría así en Inglaterra (los terribles años de la conquista danesa, a principios del siglo XI, produjeron un buen número de textos que apelan a una versión de tal identi-

dad). También los italianos desarrollaron un sentimiento de identidad común, aunque apenas se extendió más al sur de Roma (lo cual, por descontado, aún sucede en gran medida en nuestros días) y no les llevó a desear una unidad política. La separación geográfica —como la que proporcionaban el Canal de la Mancha y los Alpes— fueron de ayuda en ambos casos, igual que para los irlandeses, capaces de reconocer una forma de comunidad irlandesa, por más fragmentada que estuviera Irlanda en realidad. En un caso paralelo como el de Bizancio, sus habitantes obtuvieron una identidad a través, simplemente, de la cohesión de su sistema político, muy superior a la de cualquier otra zona de la Europa de su tiempo; la «identidad nacional» bizantina no ha atraído mucho la atención de los historiadores, porque aquel imperio no fue predecesor de ningún estado nacional moderno; pero probablemente era la más desarrollada de Europa a finales de nuestro período. Por el contrario, Francia, Alemania y España (ya fuera cristiana o musulmana) no contaban con ninguna imaginería equivalente. Quizá los daneses dispusieron de ella, pero en el conjunto de Escandinavia solo contamos con pruebas de su existencia en Islandia. Las tierras eslavas se hallaban todavía en un estado demasiado embrionario para haber desarrollado ninguna versión de identidad que no estuviera vinculada específicamente al destino de las dinastías en el poder. Y, tal como remarcaremos con frecuencia en este libro, que hubiera una lengua en común tuvo muy poco que ver con absolutamente ninguna forma de solidaridad cultural o política. La imagen del «nacimiento de Europa», y del «nacimiento» del grueso de las posteriores naciones europeas, es por lo tanto en nuestro período no solo teleológica, sino que roza el terreno de lo fantástico. El hecho de que haya vínculos genealógicos con el futuro en tantos sistemas de gobierno del siglo X es un hecho interesante, pero no sirve de nada a la hora de comprender la Alta Edad Media.

Aún menos útiles son los otros argumentos, aún más antiguos, que sitúan la Alta Edad Media en la grandilocuente narración de la modernidad en sí, con sus numerosas variaciones. Esta es la narrativa que, tradicionalmente, relegaba toda la historia medieval en su conjunto al mero hecho de estar «en medio», entre la solidez política y legal del imperio romano (o bien la excelencia de la cultura clásica) por un lado y, por otro lado, su supuesto redescubrimiento durante el Renacimiento. Fueron los propios eruditos renacentistas quienes inventaron esta imagen; desde entonces, el argumento ha sufrido principalmente dos tipos

de cambios. En primer lugar, las generaciones posteriores —los científicos de finales del siglo XVII, los pensadores ilustrados y revolucionarios del XVIII, los industrialistas y los socialistas de los siglos XIX y XX— han reclamado la «auténtica» modernidad para sí mismos, impugnando en el proceso la idea de que los años alrededor de 1500 hubieran supuesto una cúspide. Por el contrario, en la historia científica del último siglo, los medievalistas han intentado salvar al menos las fases central y tardía de la Edad Media del oprobio de, «en realidad», no ser historia en ningún modo; y así se ha buscado el origen de los procesos históricos europeos comunes a largo plazo en la reforma papal, el «Renacimiento del siglo XII», los orígenes de las universidades y las primeras formaciones estatales de reyes como Enrique II de Inglaterra y Felipe II de Francia; esto es, en el período aproximado de 1050 a 1200.

El resultado de estos dos cambios es que todo un milenio en la historia de Europa, desde finales del siglo XI en adelante, puede contemplarse como una sucesión ininterrumpida de mareas, que se adentran cada día más en la playa del Progreso; pero, en esta imagería, el período anterior queda aún sin reconstruir. Los logros alcanzados en el mundo antiguo, son aún muchos los que los contemplan como bañados por una luz brillante en la otra orilla del oscuro mar de la barbarie que, supuestamente, caracterizó la Alta Edad Media; y la caída de «el» imperio romano en el siglo V (haciendo caso omiso de su larga supervivencia en Oriente) se contempla como un fracaso primigenio, cuya corrección supuso un proceso largo y penoso, aunque fundamento necesario de todo aspecto del mundo moderno que el observador quiera destacar especialmente: el racionalismo, la productividad, un mercado global, el conocimiento, la democracia, la igualdad, la paz mundial o la liberación frente a la explotación.

Personalmente, estoy a favor de la mayoría de estos objetivos últimos; pero en mi calidad de historiador, el argumento me sigue pareciendo ridículo, porque cada período de la historia tiene su propia identidad y legitimidad, que no debe contemplarse condicionada por el presente. El largo período de tiempo que media entre 400 y 1000 tiene su propia validez como campo de estudio, en modo alguno determinada por lo que lo precedió o lo siguió. Atribuirle valores a este período (o a algunas partes de este, como sucede con los que, con la imagen del «Renacimiento carolingio», quieren adjuntar el siglo IX y tal vez el X a la grandilocuente narrativa de la historia «genuina», a expensas, parece ser, de los siglos VI a VIII) es una operación absurda. Y a mí,

como historiador de la Alta Edad Media, el «convertir en otro» este período me parece que, simplemente, carece de toda utilidad. La abundancia de estudios recientes sobre el período desmiente en su conjunto toda esta forma de concebir la historia; y el presente libro habrá fracasado si pareciera apoyarla en algo.

Esto sucede porque ahora podemos escribir un tipo de historia muy distinto acerca de la época altomedieval. Hasta los años setenta del siglo xx, la falta de datos y pruebas desalentaba a los investigadores; y una historiografía moralizante que partía de la línea argumental del fracaso contemplaba la época comprendida entre 400-500 y 1000 como un tiempo inferior. Sean cuales sean las explicaciones que se aporten sobre la caída del imperio romano de Occidente en el siglo v (debilidad interna, ataques externos o un poco de ambas cosas), parece obvio que fue un Hecho Negativo y que las sociedades europeas y mediterráneas tardaron siglos en recuperarse; quizá hasta la época de Carlomagno (768-814), quizá no hasta la expansión económica y el reformismo religioso del siglo xi. La supervivencia del Imperio de Oriente como Bizancio apenas ha sido destacada. Los mitos nacionalistas sobre el origen eran todo lo que el período podía ofrecer; de hecho, sobrevivieron más incluso que la imagen de la Alta Edad Media como fracaso.

Afortunadamente, ahora la mayoría de todo esto ha cambiado; la Alta Edad Media ya no es el período «Cenicienta». Para empezar, ha aumentado el número de investigadores sobre la época. En Gran Bretaña, hacia 1970, la presencia de Peter Brown y Michael Wallace-Hadrill en Oxford, como la de Walter Ullmann en Cambridge, permitió la formación de un nutrido grupo de estudiantes de licenciatura especializados en la historia medieval temprana (además de tardoantigua), que aún hallaron empleo en el resto del país (justo antes de que las plazas de profesores universitarios cayeran en picado por los recortes gubernamentales de 1980); han enseñado a sus propios licenciados en todas partes, dado que la formación de investigadores en el terreno de la historia ha dejado de estar dominada por Oxbridge, y ahora se pone en marcha otra generación. Los estudios bizantinos también se desarrollaron con rapidez. Más o menos en el mismo período, la arqueología de la Alta Edad Media se liberó de la obcecación por los cementerios y el trabajo de los metales y se abrió a la «nueva arqueología» de las relaciones espaciales y económicas, o de los sistemas de culturas materiales; ello tuvo implicaciones mucho más generales y permitió que sur-



giera una dialéctica más rica con la historia documental (al menos, cuando los participantes así lo deseaban). Fuera de Gran Bretaña, grupos similares de historiadores intentaban librarse asimismo de las obsesiones del pasado con el «declive» cultural o político y la historia de las instituciones legales o de la iglesia; solo en algunos países, ante todo en los Estados Unidos, el número de medievalistas de la época temprana ha aumentado tanto como en Gran Bretaña (en Alemania y en Italia siempre habían sido más numerosos), pero en todos los países la sutileza del enfoque histórico ha aumentado de un modo espectacular en las últimas tres décadas. En buena parte de la Europa continental, de hecho, la arqueología de la Alta Edad Media ya ha sido inventada virtualmente en este mismo espacio de tiempo; en 1970, apenas existía fuera de algunos países (Gran Bretaña, Alemania Oriental y Occidental, Holanda, Dinamarca y Polonia), pero ahora casi todos los países de la Unión Europea se caracterizan por una arqueología compleja y actualizada de este período.

La investigación también se ha vuelto más internacional. Entre 1993 y 1998, el proyecto de la Fundación Europea de la Ciencia (ESF, en sus siglas inglesas) sobre la transformación del mundo romano reunió a docenas de investigadores de casi todos los países europeos (y aun otros continentes) y durante una semana los alojó en hoteles, desde Estocolmo hasta Estambul, para una «tormenta de ideas» tendiente a desarrollar enfoques comunes.<sup>2</sup> De allí no surgió una historiografía «europea común», por motivos tanto positivos como negativos (a menudo, los principios y prejuicios nacionales estaban demasiado arraigados; por otro lado, un enfoque de la materia demasiado internacional habría corrido el riesgo de resultar anodino); pero sí fructificó en la medida en que los participantes llegaron a comprenderse mejor entre ellos y surgieron más amistades personales internacionales. Durante la década siguiente han seguido floreciendo proyectos y ahora el trabajo internacional sobre temas comunes resulta normal y, cuando se lleva a cabo, es también más orgánico. A grandes rasgos, los trabajos historiográficos recientes más innovadores se han desarrollado con frecuencia en el campo de la historia cultural, en particular sobre la política de alto nivel y las élites políticas y sociales; pero el enfoque más económico intrínseco a la mayor parte de la arqueología, aunque los historiadores documentales no siempre lo han integrado en su labor, sin embargo permite desarrollos muy importantes también en la historia socioeconómica. Los expertos en la Alta Edad Media también se

han contado entre los primeros en tomar en serio algunas de las implicaciones del cambio lingüístico, al comprender que todos nuestros testimonios escritos del pasado están sujetos a convenciones narrativas que debemos entender adecuadamente antes de poderlos usar en la escritura histórica; en consecuencia, en las últimas dos décadas casi todas las fuentes de la Alta Edad Media han sido reconsideradas desde un punto de vista crítico, en lo que respecta a sus estrategias narrativas. El panorama de los estudios altomedievales resulta, por tanto, más internacional y más crítico, y abarca un espectro mucho más amplio de lo que solía analizar.

Esta imagen positiva también oculta deficiencias, claro. Una de ellas es que esta comunidad de investigadores recientemente incrementada se ha mostrado, hasta la fecha, reticente a ofrecer nuevos paradigmas de interpretación del período. En un libro reciente, *Framing the Early Middle Ages* (Oxford, 2005),\* critiqué esta situación en el contexto específico de la historia socioeconómica y ofrecí algunos parámetros que tal vez podrían funcionar en este campo. En el ámbito de la historia cultural y política, hay razones para pensar que está apareciendo un nuevo paradigma, pero todavía es más implícito que explícito. Este paradigma contempla numerosos aspectos de la Antigüedad Tardía (también reconsiderada: el imperio romano de época tardía se contempla en la actualidad, en muchas ocasiones, como el momento culminante de Roma, no como una copia inferior y totalitaria de la *pax romana* del siglo II) que, sin interrupción, continúan y entran en la Alta Edad Media. Dicho más concretamente: la violencia de los invasores bárbaros del imperio es un tropo literario; pocos aspectos de la sociedad y la cultura posromanas (si es que hubo alguno) carecían de antecedentes romanos; en Occidente, el siglo VII, aun siendo la centuria medieval que menos pruebas históricas nos ha legado, produjo más obras escritas preservadas que ningún otro siglo romano (a excepción del IV y el VI), lo cual demuestra que la cultura letrada no había desaparecido en modo alguno en algunas regiones; en suma: podemos seguir estudiando la Alta Edad Media, occidental u oriental, como si se tratase de la Roma tardía. Esta postura se hace explícita en buena parte de los trabajos recientes acerca de las invasiones del siglo V, pero, por vías mucho más indirectas, afecta igualmente al estudio de los siglos poste-

\* *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Crítica, Barcelona, 2008. (N. de los t.)

riores, entrado el siglo IX y aun más adelante. Es poco frecuente encontrar historiadores que *escriban* de verdad que Carlomagno, por poner un ejemplo, actuaba en lo esencial en el marco político y cultural de la Roma tardía, aun cuando lo estén diciendo de forma implícita mediante las formas en que lo presentan. No obstante, esto supone un problema; porque, creamos o no que Carlomagno se movía en verdad en un marco semejante, la cuestión no puede abordarse ni debatirse adecuadamente hasta que no sale a la luz. Y a ello podemos añadir, además, que en general los historiadores han sido mucho más conscientes de que la catástrofe es un cliché literario de la Alta Edad Media, pero no tanto de que la continuidad —adaptación— también lo es.

Un segundo problema es que, cuanto más adscrito se encuentra un historiador a la continuidad (o a la «transformación»), más que a un cambio brusco, tanto más diverge de los arqueólogos. Los arqueólogos ven simplificaciones muy substanciales en la cultura material posromana de los siglos V al VII (las fechas exactas varían según la región), lo cual, en ciertos casos —Gran Bretaña es un ejemplo, junto con los Balcanes— es radical; solo unas pocas provincias romanas, Siria, Palestina y Egipto no lo experimentaron. Bryan Ward-Perkins ha publicado recientemente una breve y útil réplica a la historia cultural continuista, *The Fall of Rome and the End of Civilization*,\* que hacía hincapié en la fuerza de estas simplificaciones arqueológicas.<sup>3</sup> Por mi parte, espero que el presente libro suscite el debate y, de este modo, contribuya a establecer un terreno común entre las dos tradiciones; mientras lo escribo, es pronto para decirlo. Pero necesitamos, de verdad, desarrollar interpretaciones históricas capaces de abarcar la diversidad de nuestras pruebas, tanto literarias como arqueológicas. Tanto un texto literario muy romanizado —las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla (m. 636)— como una excavación que a todas luces muestra edificios escasamente sólidos y menor número de habitantes que en el período romano (igual que muchos yacimientos urbanos excavados en décadas recientes desde Tarragona a Milán o Tours) constituyen pruebas del pasado, y ninguna de ellas puede omitirse. Cuando las reunimos ambas, en realidad, la desintegración del imperio romano —en particular en Occidente— destaca de inmediato como un gran cambio. Como veremos en capítulos posteriores, por más continuidad que hubiera en los valores o las prácticas políticas al entrar en el período de la Alta

\* *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Espasa, Madrid, 2007. (*N. de los t.*)

Edad Media —y ciertamente, la hubo—, los actores políticos vieron disminuir sus recursos de forma considerable y las estructuras en las que debían actuar se simplificaron, con frecuencia de modo radical. En consecuencia, en la Alta Edad Media el panorama de la política, la sociedad y la economía tiene un aspecto muy distinto. Contemplar el período en sus propios términos conlleva reconocer las diferencias con respecto al pasado romano, tanto como las continuidades.

Un resultado de la naturaleza implícita de los trabajos históricos recientes es que tenemos relativamente pocas perspectivas generales de la Alta Edad Media en su conjunto. El último estudio publicado en inglés que cubría todo el período hasta 1000, obra de Roger Collins, se remonta a 1991 y se centra en gran medida en cuestiones políticas. Las recientes historias sociales de gran calidad, escritas en francés por Régine Le Jan, Jean-Pierre Devroey y Philippe Depreux solo llegan hasta 900, y no incluyen los mundos árabe o bizantino. La importante síntesis cultural de Julia Smith, *Europe after Rome*, que está más cerca que ningún otro libro de ofrecernos nuevos paradigmas para su campo, se limita de forma parecida a la Europa latina; lo mismo sucede con la reciente *Introduction to Early Medieval Western Europe, 300-900*, de Matthew Innes. (De todos estos, el último es quizá el más parecido al presente libro en cuanto al enfoque, pero no apareció hasta el verano de 2007, cuando yo había terminado ya mi borrador, por lo que no he incorporado su perspectiva.)<sup>4</sup> Por supuesto, son muchos los trabajos que abordan lapsos de tiempo más cortos y algunos períodos, en especial el siglo v (sobre todo en Occidente) y el siglo carolingio, se han estudiado muy extensamente; también disponemos de muchas síntesis regionales y nacionales, algunas de las cuales cubren todo el período de la Alta Edad Media. Pero queda sitio para un nuevo estudio que confronte las transformaciones sociopolíticas, socioeconómicas y político-culturales del período de 400 a 1000 en su conjunto: el período del fin de la unidad romana y la formación de un gran número de sistemas políticos menores, a lo largo y ancho de toda Europa y el Mediterráneo, incluyendo por igual las tierras que fueron romanas y las que no lo fueron, al norte de Roma. Esta es la intención del presente libro.

*Framing the Early Middle Ages* ofrecía algunas interpretaciones tirando a brucas sobre cómo puede entenderse el cambio social y económico de forma comparativa, región por región: Inglaterra con respecto a Dinamarca o Francia, Francia con respecto a Italia o Egipto, Italia con respecto a España o Siria. Obviamente, retomaré estas inter-

pretaciones en algunos capítulos de este libro, en especial en los capítulos 9 y 15, y están en la base de buena parte del resto del libro. Pero aquí el propósito es otro. En primer lugar, se ofrece una narración política del período, que incluye, en la medida de lo posible, los avances recientes en la historia cultural. El entorno social y cultural (incluido el religioso) en el que hombres y mujeres tomaban sus decisiones políticas ha constituido un foco importante en cada uno de los capítulos del libro. Este tiene la pretensión de ser comprensible para las personas que no tienen conocimientos previos acerca de este período, en el que hay unos cuantos nombres conocidos por el público en general; por lo tanto, da poco por sentado. He querido, sin embargo, no solo presentar a Carlomagno —o a Etelredo II en Inglaterra, o a Chindasyinto en España, o Brunilda en la Francia austrásica, o al emperador bizantino Nicéforos II Focas, o al califa Al-Mamún—, sino también explicar el mundo político-cultural dentro del cual actuaba cada uno de ellos. Este interés refleja la historiografía reciente, por supuesto. Esto también significa que de la mayoría campesina se habla menos de lo que se podría haber hablado, aunque los campesinos no están nada ausentes. Al contrario —y este es el segundo objetivo—, pretendo que estos análisis se comprendan dentro de un contexto económico, derivado por igual tanto de la arqueología como de la historia de los documentos. Para comprender mínimamente las elecciones políticas es crucial tener en cuenta que algunos gobernantes eran más ricos que otros, y algunas aristocracias, más ricas que otras; y esto permitió que aparecieran sistemas políticos más complejos. Algunas historias políticas tradicionales presentan al mismo nivel las acciones de los reyes de Irlanda, Inglaterra y Francia, los emperadores bizantinos, los califas y los emperadores romanos; pero no lo estaban. Había una jerarquía de riqueza y el último de la lista recién mencionada se hallaba en un extremo opuesto al primero, en cuanto a los recursos y la complejidad de las estructuras estatales en las que se movía. Estas diferencias subyacen incluso en las cuestiones más netamente político-culturales, como la persecución visigoda de los judíos, la controversia iconoclasta o el papel de los intelectuales en la Francia del siglo IX.

El tercer objetivo ha sido analizar el período de 400 a 1000 (y todos los subperíodos de esta amplia franja temporal) en sus propios términos, sin entrar a considerar demasiado sus relaciones con lo que hubo antes o después, con la intención de esquivar las grandilocuentes narrativas que criticábamos más arriba. Empezamos con un imperio

romano aún floreciente, pero solo para presentar los bloques con los que los sistemas políticos posromanos tuvieron que construir, de forma inevitable, sus entornos: sin duda, no para lamentar un fracaso, ni para presentar un modelo del que los estados que le sucedieron no consiguieron ponerse a la par. Aquí, como en todas las sociedades analizadas, he intentado no examinar las decisiones políticas con la perspectiva deformada a posteriori. Algunas figuras políticas adoptaron decisiones políticas realmente terribles (como cuando Aecio permitió que los vándalos tomasen Cartago en 439, o cuando los sucesores de Almanzor en España hicieron estallar la guerra civil en la década de 1010, o tal vez cuando, en la Francia de 830, Luis el Piadoso se enfrentó con sus hijos; véanse los caps. 4, 14 y 16), que tuvieron consecuencias negativas para las estrategias políticas que intentaban promover. Pero en todos los casos, lo hicieron en un marco sociocultural que, para ellos, había tenido sentido, y esto es lo que yo he intentado rescatar, al menos pasajeramente, en el espacio de que dispongo.

Sobre todo, he intentado evitar la teleología. Toda lectura del imperio romano en el siglo v, si se reduce a los factores que llevaron a su desintegración; o de la Francia merovingia, si se limita a las cuestiones de qué condujo al poder y las ambiciones de Carlomagno; o de la actividad papal del siglo x, solo en lo tocante a lo que derivó en la «reforma gregoriana»; o del dinamismo económico del mundo árabe, reduciéndolo a que (supuestamente) su lugar pasó a ser ocupado por los mercaderes y productores italianos y luego del norte de Europa, todo ello son lecturas falsas del pasado. Solo si nos esforzamos por mirar directamente el pasado en los términos de su propia realidad social podremos salir de esta trampa.